

## AGENDA CIUDADANA

### **DESIGUALDAD Y DEMOCRACIA**

Lorenzo Meyer

#### **La Lucha por la Igualdad entre Desiguales.**

Desde el siglo pasado y hasta la actualidad, uno de los grandes obstáculos a la evolución política de México, ha sido el gran temor de las clases acomodadas a los efectos que pudiera tener el avance en la igualdad política. El gran capital siempre ha sospechado que aceptar las reglas de la democracia política sería abrir una caja de Pandora: el principio del fin de sus privilegios.

La declaración de Roberto Hernández en vísperas de las elecciones presidenciales de 1994 -cuando su banco aún navegaba con viento en popa- es un buen ejemplo de ese horror a la democracia en los círculos del gran capital. Como se recordará, poco antes del 21 de agosto, el otrora próspero banquero aseguró que un triunfo de la oposición iniciaría la fuga de capitales y llevaría a la ruina económica. Ahora bien, la catástrofe que el banquero previó si llegaba a ganar la oposición, sobrevino puntualmente a pesar del triunfo del partido de siempre. Así pues, la realidad exige que la burguesía mexicana reexamine sus premisas, pues quizá hoy la antidemocracia ya no garantiza el bienestar del gran capital, sino todo lo contrario.

En sus orígenes, la democracia moderna también encontró una gran resistencia de las clases propietarias, que veían en el principio de la igualdad política una amenaza. Y es que, como bien señalan en una obra reciente Dietrich Rueschemeyer, Evelyne Stephens y John Stephens, "La democracia política se encuentra de

manera inevitable en tensión con el sistema de desigualdad social" (1). Esa desigualdad es una característica inherente al sistema capitalista; puede ser menor en algunos casos que en otros, pero no puede desaparecer. Es por ello que lo largo de los dos últimos siglos, democracia y capitalismo han tenido que negociar sus contradicciones y en el transcurso ha corrido mucha sangre. Desafortunadamente, en México esa negociación aún no ha dado por resultado un acuerdo definitivo y su posposición ha creado más problemas de los que ha evitado, inclusive para banqueros como Roberto Hernández.

#### **El Sentido del Desarrollo Político.**

A partir de fines del siglo XVIII, se puede ver al proceso de modernización política como un esfuerzo por resolver la tensión inevitable y creciente entre la demanda de igualdad política y la persistencia de la desigualdad económica. Una respuesta al problema fue el socialismo y otra fue la democracia capitalista. El primer camino finalmente condujo al "socialismo real" y al fracaso. El segundo, tras aparatosos accidentes, a la creación de una red institucional que limó los extremos de pobreza y riqueza, pero que, sobre todo eliminó los temores de los pocos que concentraban ingreso, educación y prestigio, ante la posibilidad de que los representantes políticos de los muchos intervinieran en la formulación de decisiones políticas. Hoy, la convivencia entre la desigualdad social y una relativa igualdad política sigue sin ser fácil, pero funciona mucho mejor que el autoritarismo.

---

<sup>1</sup>.- Capitalist Development & Democracy, (Chicago: University of Chicago Press, 1992), p.41.

En el origen de la democracia moderna, la tensión entre igualdad política y desigualdad social, condujo a una solución muy satisfactoria para las clases acomodadas pero inaceptable para el resto de la sociedad. Esta solución fue la reproducción en el campo político de la desigualdad que ya había en la estructura social y reforzar a una con la otra. De esta manera, se legisló para limitar los derechos políticos al pequeño grupo de ciudadanos "responsables", es decir, a aquellos que contaban con propiedades e ingresos suficientes como para no caer en las tentaciones radicales del proletariado urbano o del campesinado pobre. Benjamín Franklin fue sólo uno de los teóricos de esa democracia restringida; de acuerdo con él: "En cuanto a quienes que no poseen bienes raíces, el permitirles que voten, es impropio". Otro fue Thomas Babington Macaulay (1800-1859), Whig inglés, que propuso como verdad evidente que: "el sufragio universal no sólo es incompatible con esta o con aquella forma de gobierno, sino que es incompatible con cualquiera". Esta democracia de y para los pocos, se mantuvo por un tiempo. Sólo en 1860 se logró el sufragio universal para los blancos en Estados Unidos, pero los negros y otras minorías raciales debieron esperar aún más de un siglo para obtener ese mismo privilegio. En Inglaterra únicamente hasta principios de este siglo se implantó una autentica igualdad política entre todos los ciudadanos. Y los ejemplos se pueden multiplicar pero sin incluir todavía a nuestro país.

#### **El Problema de México.**

El miedo de los pocos frente a la igualdad política aún persiste en México. Las razones de este temor son, en parte, históricas y en parte atribuibles al notable subdesarrollo intelectual y moral de las élites mexicanas, en particular las empresariales, que como bien ha señalado Gabriel Zaid, (*Hacen falta empresarios creadores de empresarios*, Océano) mucho tienen de burocráticas, monopolistas y parásitas y muy poco de empresariales.

La gran rebelión indígena de 1810 que marcó el inicio de la guerra de independencia, también marcó de manera indeleble la relación entre las clases acomodadas -españoles y criollos- y las subordinadas -indígenas y mestizos- al iniciarse la construcción de la nueva nación. La oposición de las primeras a la mera posibilidad de incorporar al campo de la política a las segundas, fue uno de las razones que dividió al país en dos bandos irreconciliables. Y cuando finalmente los liberales derrotaron a sus enemigos conservadores y tuvieron la posibilidad de hacer realidad la democracia política, los vencedores decidieron optar por la seguridad que daba a la propiedad una dictadura oligárquica como la que encabezó Porfirio Díaz. En esas condiciones, sólo la violencia de 1910-1920 pudo volver a abrir el espacio político para los sin riqueza.

"Sufragio efectivo" fue el lema de la rebelión maderista y, en principio, de la Revolución Mexicana misma. Sin embargo, tras la destrucción del viejo régimen, la élite revolucionaria volvió a renegar de su compromiso democrático. Los nuevos dueños del poder muy pronto se convirtieron en propietarios -Alvaro Obregón,

Plutarco Elías Calles o Abelardo Rodríguez son ejemplos conspicuos de riqueza acumulada por la vía política-, algunos de los hombres de fortuna del antiguo régimen sobrevivieron -como la propia familia Madero- y, con el correr del tiempo, una nueva burguesía fue tomando forma: Aarón Sáenz, William Jenkins, Carlos Truyet, Agustín Legorreta, Bruno Pagliai, Eloy Vallina, etcétera. Esos tres grupos y sus descendientes, formaron una formidable alianza autoritaria que hizo del gobierno y sus privilegios un buen negocio y un obstáculo para el tránsito de México a la democracia.

#### **De Shangri-La al Crujir de Dientes.**

El nuevo régimen revolucionario, como antes el viejo régimen porfirista, resultó ser una madre muy generosa para un puñado de afortunados. El capital del cacique del pueblo, del gobernador-empresario o del gran banquero de la reprivatización, prosperó a la sombra del frondoso árbol de la Revolución Mexicana: el monopolio político fortaleció y se fortaleció del monopolio económico. Para el gran capital mexicano, el sistema postrevolucionario resultó una especie de Shangri-La, de paraíso político, que aseguraba estabilidad y altas ganancias. Los contactos políticos sustituyeron a la creatividad como camino del éxito.

Desde el gobierno de Miguel Alemán, cada sexenio los empresarios dieron todo su apoyo a la perpetuación del maridaje autoritarismo político-privilegios económicos. La corrupción fue el gran cemento de esa alianza. La frustrada cena de febrero de 1993 en que el presidente de la República y el presidente del PRI

pidieron (¿exigieron?) más de 600 millones de dólares para el partido de Estado a los hombres con las mayores fortunas en México, seguramente no fue la primera ni debió ser la última. En la campaña presidencial de 1994 el gasto del PRI, según cifras oficiales, representó el 78.3% del total de lo gastado por 9 partidos; en realidad sus fondos fueron mucho mayores y parte de ellos fueron resultado de la generosidad de las llamadas "células empresariales". Después de todo, y como aseguró en octubre Roberto Hernández, el gabinete económico mexicano era considerado por muchos "como el mejor del mundo", y tenía todas las razones para esperar que el que le siguiera sería igual: !Shangri-La forever;.

La crisis que se desató en vísperas de las navidades de 1994 y que echo por tierra las esperanzas de banqueros, industriales y comerciantes, tuvo su origen en algo que los grandes empresarios siempre se negaron a ver: la insensibilidad, irresponsabilidad, arrogancia y corrupción de una presidencia carente de los contrapesos democráticos. Una presidencia que, no obstante el Pronasol, descuidó a los marginados rurales al punto de abonar el campo para el surgimiento de una rebelión indígena en Chiapas, que negoció la apertura del mercado sin cuidar a una agricultura ya en crisis y a una planta industrial llena de problemas pero necesaria, que llevó su monopolio del poder al interior del PRI (otro monopolio) al extremo de desatar una guerra interna al estilo siciliano, que antepuso el cuidado de su imagen internacional a la necesidad de una devaluación controlada y a tiempo para contrarrestar el monumental déficit en cuenta

corriente, que transformó una deuda interna (Tesobonos) en deuda externa especulativa para mantener la imagen de éxito económico en época de elecciones, etcétera.

Un sistema presidencial antidemocrático que no da cuentas a nadie, ha sumido a México y a su clase capitalista en una cadena de crisis desde los años setenta. El paraíso primermundista prometido por Carlos Salinas se transformó de un momento a otro en un capítulo más de nuestro infierno tercermundista de siempre. Es verdad que la democracia no garantiza el éxito de la modernización económica, pero al menos proporciona un sistema de balances y contrapesos que hace difíciles los excesos y errores de personajes como Luis Echeverría, José López Portillo o Carlos Salinas.

Por el bien de sus propios intereses, y ahora que han perdido millones de dólares, los banqueros y los empresarios que alguna vez aparecieron en la revista Forbes como modelos de éxito, debería hacer a un lado su permanente búsqueda de seguridad por la vía del autoritarismo, y abrirse a la única modernización que ha funcionado: la democrática.